

El debate sobre el buen vivir y los problemas-caminos para medir los avances en la calidad de vida y la sustentabilidad

Se debaten con mucha frecuencia cuáles serán los mejores caminos para concretar si estamos avanzando hacia sistemas alternativos de vida o si seguimos en estos sistemas cuyos indicadores pronostican mayores cuotas de desigualdad, de despilfarro o de unos recursos que se agotan. El presente artículo pretende avanzar más allá de los debates de unos principios filosóficos enfrentados, polarizados, que todo lo fijen a lo bueno o lo malo, sin los matices que toda situación compleja nos plantea.

En la actual fase del capitalismo, tanto el neoliberalismo como los neokeynesianismos que no rompen con la estructura básica de la financiarización y la especulación de los capitales globales nos dejan claro lo que no sirve ya para la humanidad. No creo que se tenga que seguir argumentando que la especulación financiera e inmobiliaria, por ejemplo, sean caminos para resolver los problemas que nos han creado. Es posible que no sepamos bien a dónde debemos ir colectivamente, y este es el punto de partida del debate que proponemos, pero sí sabemos bien en qué aspectos ya no nos pueden engañar.²

Tomás R.
Villasante, CIMAS

Johan Galtung, José Manuel Naredo,³ entre otros autores, van más allá en sus análisis de la división de posiciones entre el *Mercado del Capital* y la

¹ Actualmente es asesor en el Proyecto «Elementos que motivan la participación social», Programa ACORDES, Universidad de Cuenca (Ecuador), financiado por el Programa Prometeo de la SENESCYT.

² En este texto no voy a argumentar este postulado, dándolo por un punto de partida, pues en otros textos creo que ya se documenta suficientemente en T. R. Villasante, *Redes de vida desbordantes. Fundamentos para el cambio desde la vida cotidiana*, Los Libros de La Catarata, Madrid, 2014.

³ J. Galtung, *Hay alternativas*, Tecnos, Madrid, 1984; J. M. Naredo, *Economía, poder y política. Crisis y cambio de paradigma*, Díaz&Pons, Madrid, 2013.

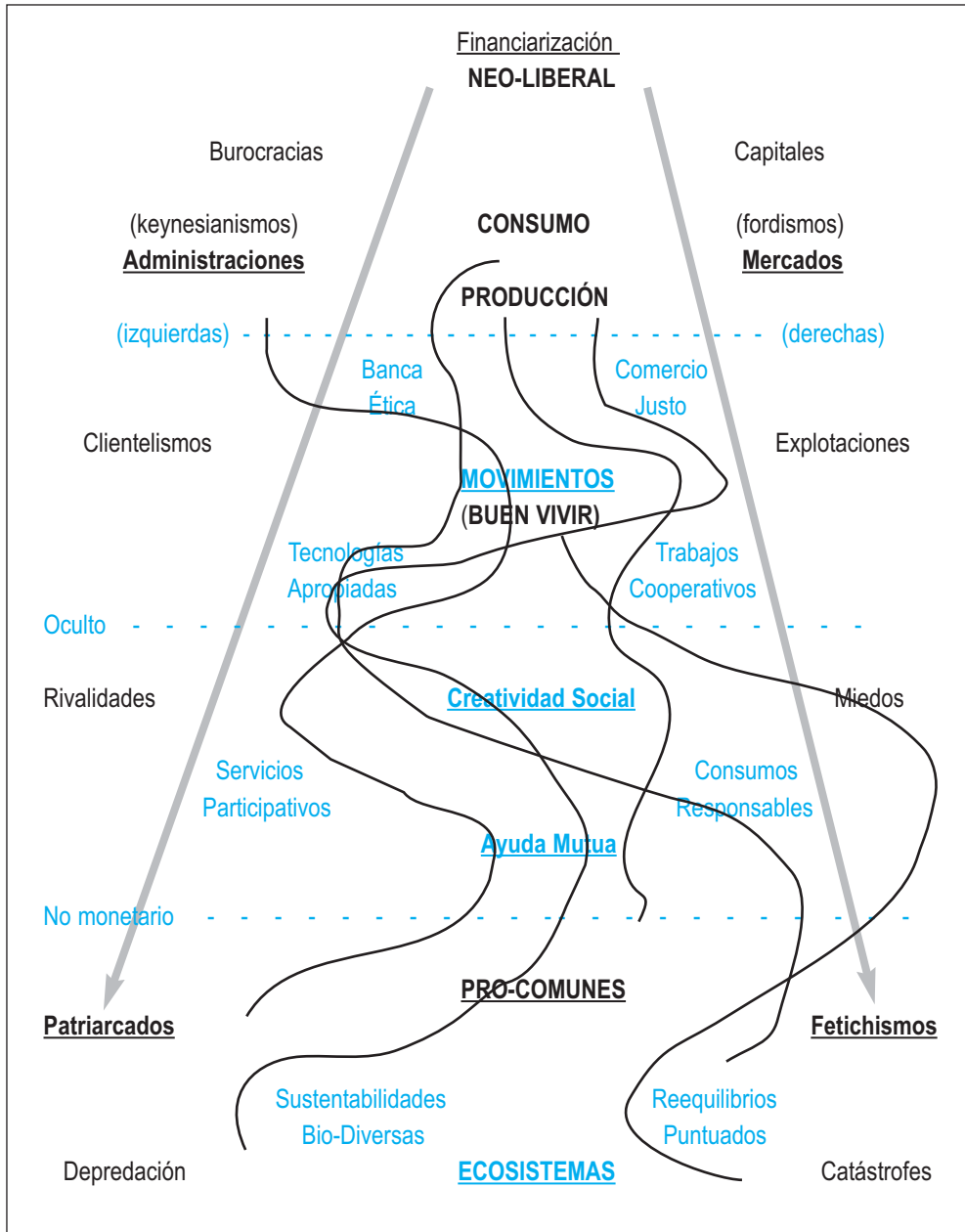
Administración del Estado. Superan el debate de si quien debe consumir es el Estado para redistribuir el excedente, o si se deja el excedente en manos de las fuerzas económicas dominantes. Lo que plantean es que hay una pirámide en cuya cumbre está la financiarización por encima de los demás elementos de poder de producción, de consumo o de regulación. Una financiarización que está construyendo unos poderes globales, sobre la base de la especulación con un dinero artificialmente creado, que entra en contradicción con la propia producción real y hasta con el consumo de la mayoría de la población del mundo. Las mediciones en términos financieros o monetarios ofrecen una descripción de la realidad muy diferente que si recurrimos a mediciones en términos de producción real física, o en términos de puestos de trabajo y de consumos de productos básicos. En la parte inferior de la pirámide hay otros aspectos que ni siquiera se pueden medir en términos económicos convencionales, como las labores que se realizan en el ámbito doméstico o la ayuda que se ofrece voluntariamente a las comunidades, la productividad de los pro-comunes o de los ecosistemas naturales.

Este esquema piramidal también es referido por textos de pensadores de raíz indígena⁴ que contraponen los movimientos del *sumak kawsay* o del *suma qamaña* en las zonas andinas. Hacen una crítica del capitalismo y las formas de vida y consumo que introducen en las comunidades tradicionales, pero también del “socialismo” entendido como una presencia del “Estado modernizador” que les quiere sacar de sus formas de convivencia y meterles en la lógica de desarrollo occidentalizado. En estos casos la crítica a las formas de medir no solo se extiende a los indicadores de consumo del mercado, sino también a los indicadores de educación o de las infraestructuras que no respetan sus formas de conocimiento o de habitar los espacios, y por tanto al Estado que las promueve. (Véase ilustración «Luchas de la Pirámide y los Manglares» en página siguiente).

En este esquema, aparte de la pirámide dominante citada (que se basa en clientelismos y explotaciones, rivalidades, miedos, patriarcados y fetichismos), aparecen desde abajo los “manglares” de las construcciones alternativas. Movimientos del “buen vivir” y “ayuda mutua” con sus cargas de “creatividad social”, que se mueven entre sus productividades (monetariizadas) y las actividades no monetarias (pero insustituibles para la reproducción social). Estas economías populares y solidarias son muy diversas y no están exentas de las contradicciones ya señaladas que aprovecha la misma pirámide dominante. Pero he querido señalar también la tensión hacia otras formas de articulación solidaria que interesaría conocer mejor, y tal vez medir, para distinguir dentro de los movimientos emergentes los sentidos alternativos que realmente se están construyendo (banca ética, mercados justos, trabajos cooperativos, consumos responsables, servicios participados, o tecnologías apropiadas).

⁴ A. Oviedo, *Qué es el sumakawsay. Vitalismo andino: cosmocimiento de la vida*, Garza azul y Sumak editores, La Paz, 2012; E. Gudynas, O. Álvarez Medina, *Bifurcación del buen vivir y el sumak kawsay*, Ediciones Sumak, Quito, 2014.

Luchas de la Pirámide y los Manglares



La imagen de los “manglares emergentes” parece adecuada si se piensa que surgen desde la tierra-lodos que no se ven (no se contabilizan), mantienen una gran vida vegetal y animal bajo el agua y en la parte aérea, y además son vistos por los turistas como fenó-

menos exóticos (muchas veces sin percibir que son la cuna de la vida). Crecen por sí mismos si nadie los destroza, aún con las contradicciones que tienen internamente, y en ese sentido pueden ser una metáfora útil de la labor de los movimientos populares que surgen entre los humanos. Sus raíces están en la propia naturaleza de los ecosistemas, en los pro-comunes biodiversos y en evolución, con sus catástrofes y depredaciones incluidas, pues no conviene idealizar ni a la naturaleza biológica ni a los movimientos pro-comunes. Cabe ponderar y hasta medir estos procesos pero desde sus propias lógicas, tal como queremos sugerir.

Dentro de estas luchas conviene distinguir entre las propuestas alternativas que se vienen debatiendo, aunque sea con conceptos no muy precisos o contradictorios, como es el caso del desarrollo sostenible, de las alternativas al desarrollo, del ecosocialismo, del decrecimiento, del convivencialismo, del *suma kawsay* o buen vivir, del *swaraj* o autogobierno gandhiano, etc. En muchos de estos debates, frente a sistemas tan burdos de medidas como el PIB o la renta per cápita, se contraponen principios de la ideología correspondiente, pero no sistemas de medición o índices que puedan dejar en evidencia las diferencias patentes con el actual modelo de especulación financiera o de destrucción de ecosistemas. Por los resultados del PIB o de la renta per cápita ya podemos establecer que solo abarcan una parte muy pequeña de los intereses generales de la gente e, incluso, que van en contra de muchas de las necesidades más sentidas. Si tenemos en cuenta que una guerra puede aumentar el PIB, igual que puede hacerlo la producción de un desastre ecológico, es fácil ver las contradicciones en las que nos sumerge esta forma de medir el progreso. No siempre se ha tratado de tener más de todo, muchas sociedades se han regido por buscar “lo mejor” antes que “lo más”, la calidad (de vida) antes que la cantidad (nivel de vida).

Algunos indicadores internacionales tratan de mezclar los índices tradicionales y otros menos economicistas, como el caso del Índice de Desarrollo Humano (IDH) del PNUD, inspirado en las definiciones de desarrollo de Amartya Sen.⁵ Pero si se comparan los resultados por países de este índice y el del PIB per cápita se puede comprobar sospechosas coincidencias, lo que da que el PIB siga mandando a pesar de sus contradicciones. Por ejemplo, los países de Oriente Medio están muy por delante de los latinoamericanos. Pero si este índice se corrige con el factor de desigualdad interna, entonces solo los países europeos destacan, y caen países como Canadá, EEUU, Israel o Corea de Sur, y mucho más caen los países de Oriente Medio. Todo depende de los criterios que se apliquen a la priorización de unos aspectos sobre otros en las mediciones, y que dependen de intereses y de elementos culturales. En esta línea suelen estar los que tratan de medir la pobreza, o los indicadores de “barrios vulnerables”.

⁵ A. Sen, *Nuevo examen de la desigualdad*, Alianza Editorial, Madrid, 2004.

En otros casos directamente se desmarcan hacia el “Índice de Felicidad Bruta” en Bután, y en general quienes rechazan los índices macroeconómicos convencionales. Es el caso del Índice de Planeta Feliz, de la New Economics Foundation,⁶ que prioriza medir la expectativa de vida, la percepción subjetiva de felicidad y la huella ecológica. Según este índice, ocupan los primeros lugares los países del Caribe (Colombia, Costa Rica o Cuba), muy por encima de EEUU y Rusia, en la franja inferior se sitúan los países centroafricanos. En algunos casos, como suele ser la tendencia de bastantes de los inspiradores indigenistas del buen vivir, lo que se plantea es si tiene sentido medir elementos tan subjetivos y vivenciales, que se escapan necesariamente de parámetros objetivos. Entremos en estas cuestiones previas y luego veamos cómo se pueden realizar mediciones que resulten eficientes para las comunidades respectivas.

Por un lado, tratar de medir de forma universal con los mismos parámetros solo sirve para comparar situaciones que tenga sentido que puedan competir entre sí. Tanto si es en felicidad o en producción, etc. Pero, ¿qué sentido tiene establecer estos *rankings*? ¿Para qué quiero saber si soy más feliz que el otro, o si tengo más zonas verdes o una mayor producción que los vecinos? Desde una lógica competitiva puede verse como un incentivo, pero desde una lógica de mejor convivencia no tiene mucho sentido. Será más lógico pensar en términos locales y procesuales. O sea, si dadas mis condiciones locales de partida he mejorado en estos años o al revés, he retrocedido sobre mis propios valores de referencia, y no tanto comparar con los valores de otras comunidades o situaciones diferentes. De igual modo, cuando se hayan superado determinados índices, habrá que irlos cambiando para ajustarlos a las necesidades de cada momento y lugar.

El debate en los Andes

El debate que vivimos en los Andes y el mundo sobre el buen vivir nos puede servir de ejemplo de estos debates y propuestas. El mismo debate sería aplicable a medir el “desarrollo sostenible”, el “decrecimiento”, la “convivialidad”, o la calidad de vida. Una primera cuestión es si vale la pena establecer mediciones en cuestiones que tienen mucho de subjetivo. Y hay que reconocer como cierto el carácter subjetivo para cada cultura de la mayoría de estos conceptos. Lo cierto es que hay que tener en cuenta que si no precisamos parámetros más o menos concretos, tendemos a debatir sobre principios, terreno que torna en ideológica, cuando no sectaria, la interpretación de estos conceptos. Por ejemplo, el concepto de “desarrollo sostenible” se utiliza para todo y tanto se usa para justificar el capitalismo verde como propuestas opuestas al capital, hasta el punto de que casi ya no quiere decir nada. Y lo mismo nos empieza a suceder con el término “*buen vivir*” que lo utilizan tanto

⁶ New Economics Foundation, Índice de Planeta Feliz, 2012 [<http://www.neweconomics.org/publications/happy-planet-index>].

algunos gobiernos extractivistas como también las comunidades indígenas antiextractivistas. El resultado es que se acaba discutiendo sobre cuáles serán las intenciones ocultas de unas posiciones u otras, por ejemplo, y no se concreta en cada caso.

El debate por los conceptos y las definiciones es eterno. Una posible salida es pensar que solo cabe renunciar a medir y concretar, y dejar a la vivencia de cada cual lo que quiere creer. Sin embargo, esta opción no contribuye a una construcción colectiva y permite que los más poderosos puedan irse apropiando de todo lo que va emergiendo de la sociedad, como viene ocurriendo en la actualidad. Otra salida es plantear la construcción de nuevos conceptos más precisos cada vez, y que se puedan concretar de manera que se pueda indicar dónde están los fallos y los avances en cada caso. Si reflexionamos un poco no hay nada tan subjetivo que sea de una sola persona, sino que casi todo es intersubjetivo, es decir, suele ser una construcción colectiva de grupos y redes en que nos retroalimentamos. Y más bien dentro de cada grupo o red se suelen hacer comparaciones y evaluaciones (antes y después, mejores o peores) para ver cómo se va evolucionando.

El concepto de "desarrollo sostenible" se utiliza para todo hasta el punto de que casi ya no quiere decir nada.
Y lo mismo nos empieza a suceder con el término "buen vivir"

En el caso del buen vivir la corriente más indigenista o "pachamamista" construye ahora argumentos para distanciarse del concepto que manejan los gobiernos de Ecuador o Bolivia, que tratan de medir en términos más convencionales sus Planes del Buen Vivir. El tercer Plan del Buen Vivir de Ecuador, por ejemplo, ya incluye indicadores que los primeros planes no incluían. Esto es un valor a su favor frente a los anteriores (para que al menos se pueda rendir cuentas), pero también un compromiso más concreto que puede conllevar críticas. Tanto por lo que propone medir como por lo que olvida y, después, por los resultados que consiga. Pero es precisamente ahí donde se ven las diferencias con los conceptos originarios de *sumak kawsay*. «Dime lo que te interesa medir y te diré qué quieres», sería la crítica de los cambios de orientación que aprecian estos movimientos en los gobiernos. Dado que desde las posiciones de que el *sumak kawsay* no se debe medir sino solo vivir, estas pierden un punto de mayor concreción en la crítica para el cambio. El debate desde las vivencias se queda en lo personal y en la conciencia de cada cual, lo que dificulta el avance en la construcción colectiva.

No obstante, hay puntos muy interesantes en las aportaciones sobre el *sumak kawsay* que vienen desde las posiciones más indigenistas o "pachamamistas". La primera cuestión es que sin los movimientos de base indígena nada de este debate se hubiera producido en estos tér-

minos, al menos en los Andes. Aunque también es verdad que en los últimos años ha habido bastantes divisiones internas y esto dificulta establecer si cuando hablamos de buen vivir hablamos de «convivir en armonía con la naturaleza y la comunidad», o si hablamos de «salir de la pobreza con carreteras y educación occidental», o unas terceras o cuartas posiciones híbridas. En cualquier caso, el *sumak kawsay* ha supuesto una crítica al desarrollismo capitalista y al socialismo estatalista (recuperando el *ayni* como reciprocidad), como defienden sus principales autores.⁷ Y también una crítica a la filosofía subyacente euro-céntrica y neo-colonial. Para Atahualpa Oviedo (Ecuador) y Javier Medina (Bolivia), por ejemplo, la lógica aristotélica del «tercero excluido» queda superada por las «ecosofía» (Estermann) «tetrádica» (Oviedo) andinas.

De ahí deducen muchos de ellos que al ser una vivencia personal y comunitaria, no cabe «establecer indicadores del buen vivir» por llevar a un «tecnicismo sin criterios». ¿Pero y si fuera con los criterios de la propia comunidad? Esta corriente de interpretación del *sumak kawsay* o *suma qamaña* tiene algunas contradicciones internas que deberían aclararse mejor. Por ejemplo, citan a los pueblos originarios (incluso a los no contactados, ¿cómo pueden saber lo que piensan?) como fuente de esta sabiduría. Sin embargo, parecen evidentes las grandes diferencias de estos pueblos, tanto con el imperio Inka como con el EZLN de Chiapas, a los que también citan como referencias. Más que una sola posición parece haber una pluralidad de interpretaciones híbridas, tanto por la evolución histórica como por la diversidad geográfica y cultural.

Es cierto que damos la razón a numerosos autores actuales del posdesarrollo y de la poscolonialidad en sus críticas al capitalismo desarrollista y al pensamiento eurocéntrico, y así lo reconocen con sus citas. Pero esto es un argumento para un mestizaje creativo con muchas de las dialécticas orientales y de los avances de la física y la biología de los sistemas emergentes, y no tanto para la defensa de una sola interpretación del buen vivir. Criticar la Constitución del Ecuador como una «mezcla irrespetuosa» para el buen vivir parece tanto como erigirse jueces de su pureza «ontológica» (¿esto no es un occidentalismo, nada relacional?). Construir un «vitalismo universal» o un «corazonar» nos coloca en un saber por abducción o chamánico, ¿más para los «iniciados»?⁸

¿Qué hacer a partir de las comunidades indígenas que mezclan casi todo lo que les cae? ¿La «vivencia es una sola» y «ya está decidida»⁹ o el buen vivir «no es uno solo y homogéneo»?¹⁰ ¿Se critica a la «izquierda progresista»¹¹ porque cambia de conceptos al

⁷ E. Gudynas, O. Álvarez Medina, *Bifurcación del buen vivir y el sumak kawsay*, Ediciones Sumak, Quito, 2014.

⁸ A. Oviedo, en E. Gudynas, O. Álvarez Medina, *Bifurcación del buen vivir y el sumak kawsay*, Ediciones Sumak, Quito, 2014.

⁹ *Ibidem*, p. 142.

¹⁰ *Ibidem*, p. 144.

¹¹ *Ibidem*, p. 214.

estilo posmoderno muy rápidamente, o como se afirma un poco más abajo, por la repetición reiterada de las consignas del Partido y del Estado? Para ser coherentes con criticar los dilemas eurocéntricos no deberíamos caer en simplificar en dos posiciones la crítica. La posición aristotélica del «tercero excluido» deberíamos superarla siendo más inclusivos. Tanto con posdesarrollistas como con las comunidades indígenas y mestizas, disputando el sentido del buen vivir y del *sumak kawsay* a las tendencias más encubridoras del estatismo y el capitalismo.

Posiciones constructivas

Junto a las corrientes más “pachamamistas” o las más “estatalistas”, hay otras que se debaten en cómo concretar los valores alternativos. Desde posiciones constructivas e integradoras queremos entrar en la crítica de los parámetros a medir, que son más difíciles de encubrir que el debate sobre los conceptos. Es una forma de obligar a aterrizar los conceptos más allá de meras discusiones nominalistas por algunos autores. Si bien tiene interés el debate sobre los conceptos, puesto que introduce mayor precisión en lo que se quiere construir, lo cierto es que tarde o temprano los poderes se apropian de los conceptos y los van descafeinando para adaptarlos a sus intereses. Así pasó en décadas pasadas con el ecodesarrollo, el desarrollo a escala humana, el desarrollo sustentable, el eco-socialismo, y seguramente con las alternativas al desarrollo también pasará. El cambiar a otros conceptos más fuertes como el del decrecimiento, *sumak kawsay*, *swaraj*, etc., no va a garantizar que no se apropien o adulteren más allá de su sentido original.

La obligación de quienes queremos transformar la sociedad y caminar por una transición hacia una vida pro-común y sustentable, es ir poniendo nuevos retos conceptuales y tratar de que se vayan concretando en la vida cotidiana. Aun sabiendo que seguramente serán cooptados y manipulados, pero luchando porque sean lo más precisos y concretos posible, de manera que nos ayuden a mejor-vivir. A finales de los años noventa en Buenos Aires me publicaron dos libros bajo el título de *Cuatro redes para mejor-vivir* (1998), donde argumentaba ese concepto, que entonces se planteaba como crítica al concepto de “bienestar” y sus medidas. No se trataba ya entonces de tan solo “estar” pasivo en un Estado que redistribuye, sino de “vivir”. No se trataba de esperar a que el capital o el Estado nos facilitaran “estar” aunque fuera bien, sino de vivir o mejor aún convivir, con unas posiciones pro-activas hacia los semejantes y hacia la naturaleza, poder ser protagonistas de nuestras vidas en común.

El “estar” en la versión “pachamamista” es un estar vinculado a la naturaleza y disponible a lo que vaya apareciendo. Es sentirse parte y no una concepción tan pasiva como la del “estado del bienestar”. La concepción indígena del *sumak kawsay* es “tetrádica” pues

trata de mantener en armonía cuatro conceptos básicos: *ushay* (poder), *ruray* (hacer), *munay* (querer) y *yachay* (saber). El estar o querer está vinculado al «cuidado de la Pachamama». El hacer, a la economía comunitaria y a la comercialización y tecnologías saludables. El poder es la organización comunitaria, mediante la justicia y las alianzas. El saber se refiere a la educación, a la comunicación y a los conocimientos. Estos conceptos tomados de ECUARUNARI, son retomados por el PYDLOS, y constituyen la base de los aspectos fundamentales que no se deben olvidar en la comunidad.¹² Veremos más adelante cómo en otros movimientos y autores se repiten como cuatro intercambios básicos.

Desde posiciones constructivas e integradoras queremos entrar en la crítica de los parámetros a medir, es una forma de obligar a aterrizar los conceptos más allá de meras discusiones nominalistas por algunos autores

El adjetivo “mejor” aunque sea con un guion (“mejor-vivir” como lo planteaba entonces) ha recibido críticas porque se asimila a conseguir “lo mejor” en los términos de competencia con los demás. Pero también se puede entender en el sentido de cómo mejorar cada cual su grupo o su comunidad, no en competencia con otros sino consigo mismo. Pero se puede cambiar por otra expresión mejor, por ejemplo, vivir “mejor, con menos”,¹³ que da título a un libro que también abunda en este tipo de planteamientos. Cuando se plantea ahora la *vida plena*¹⁴ parece que se absolutiza demasiado una sola forma de entender la vida (¿es que no ha de evolucionar este concepto?), como si alguien o alguna ideología pueda decir cuál es esa vida buena o plena de una vez para todas. El concepto de mejor, mejorable, es más relativo y relacional, más cercano a lo que puede estar en las manos de una comunidad o un grupo, o una red del tamaño que sea, para perfeccionarse.

Desde luego, como dice Gudynas,¹⁵ hay muchos “buenos vivires”. Y eso les da mucha más creatividad a los procesos. Algunos son simples formas de nombrar el desarrollo y el crecimiento con nuevos disfraces, pero precisamente en sus aplicaciones se ve la trampa, y algunos indicadores nos lo pueden descubrir. De ahí nuestro interés en procurar aclarar estos aspectos. En otros casos cabe recordar que como puedan entender el *sumak kawsay*, los quichua o los shuar, los cañaris o los pueblos originarios no contactados, seguramente es muy diferente. Y a su vez diferente de los aymaras del *suma qamaña*, de los mapuches, etc. Cierto que su raíz común apunta en contra del modelo de desarrollo de tipo occidental,

¹² A. L. Hidalgo-Capitán et al., *El Buen Vivir*, PYDLOS, Universidad de Cuenca, 2012.

¹³ J. Sempere, *Mejor con menos*, Crítica, Barcelona, 2008.

¹⁴ J. Estermann, en E. Gudynas, O. Álvarez Medina, *op. cit.*, 2014.

¹⁵ E. Gudynas, O. Álvarez Medina, *op. cit.*, 2014.

pero más por negativo de éste que por positivo. Pero también cabe entender que el imperio Inka frente a los Cañaris tuvo sus guerras de conquista como el imperio de Castilla-Aragón lo tuvo con Galicia o Canarias, antes de invadir Abya Yala. No conviene mitificar ninguna experiencia como la única referencia plena.

Entre las muchas aportaciones a estos “vivires pro-comunes” están en Asia la referencia al *swaraj* o auto-gobiernos de la comunidad que popularizó Gandhi en su subcontinente, o las raíces taoístas o del budismo zen que implican igualmente otras formas de vida comunitarias y de integración con los demás seres del ecosistema. Y en occidente-norte se ha recuperado formas de transición al poscapitalismo como son los ecosocialismos, los decrecimientos, las comunidades en transición, el convivencialismo, etc. Son muy diversas las raíces de las que derivan cada uno de estos movimientos, y no parece tener sentido destacar de todos ellos más que su confluencia en la crítica de los desarrollismos. No es tanto mirar hacia atrás por una esencia perdida, como mirar hacia adelante para la posible construcción colectiva de las alternativas de transición hacia los poscapitalismos posibles.

Solo contando con las redes cercanas, y a ser posible con las más amplias, podrán lograrse las mejoras en la vida. Ya en los dos volúmenes de 1998¹⁶ me planteaba las cuatro redes colectivas o comunitarias y a distintas escalas, por lo que no se pueden entender tan solo como opciones individuales. Se trata de concretar los avances en común, o pro-común, como se suele precisar más actualmente o en el convivencialismo.¹⁷ Tal vez deberíamos construir mejor el «vivir pro-comunes mejorables o creativos», para borrar toda alusión de individualidad y de competencias con otras formas que no fueran hacia una mejora solidaria.

Interacciones básicas y equivalentes de valor

Si pretendiéramos recoger todas las propuestas que se han ido generando en el mundo sobre los temas del desarrollo, la felicidad, etc., el documento sería extensísimo. Además, recurrir a ellas en su amplitud obligaría a dos operaciones realmente difíciles de establecer. Por un lado ponderar el peso de cada una de las propuestas, lo que lleva a considerar (en cada cultura) cómo llevar a cabo la operación de priorizar necesidades. Y por otro lado, realizar numerosas mediciones de muchísimos factores para no dejar fuera ninguno que deba ser tenido en cuenta. Estos son aspectos que hacen poco operativas estas formas de proceder. Cuando son muchos los índices a los que referirse (y medirlos con cierta solvencia)

¹⁶ T. R. Villasante, *Cuatro redes para mejor-vivir* (dos volúmenes) Lumen Humanitas, Buenos Aires, 1998.

¹⁷ P. H. Martins, B. F. Nunes, A. Caillé *et al.*, *A nova orden social. Perspectivas da solidariedade contemporânea*, Paralelo 15, Brasilia, 2004.

la operatividad se vuelve en contra, pues cuando acaba uno de tener los datos, ya es posible que hayan cambiado. Algunos están accesibles, pero otros han de ser construidos y se demoran bastante tiempo.

Cabe hacer algunas operaciones más sencillas para establecer estos seguimientos, y que sirvan a las comunidades respectivas para sus fines. Incluso la tabla que se suele citar de Max-Neef, Elizalde y Hopenhayn,¹⁸ con 36 posiciones básicas (1993) se vuelve demasiado complicada para establecer las necesidades a medir. Ellos mismos proponen no tanto medir las necesidades, como los “satisfactores”, que al ser sintéticos muestran una mayor didáctica y operatividad para cada comunidad que quiera usarlos. De esta tabla lo más interesante son las cuatro necesidades axiológicas que definen con los verbos: estar, tener, hacer y ser. Y pueden ser interesantes porque vienen a coincidir con las cuatro interacciones básicas que hemos encontrado en otros autores, y en varios de los movimientos sociales que hemos estudiado.

Los listados muy amplios están bien y pueden ser utilizados como recordatorios, para que no se nos olvide ningún tema en un descuido. Pero se pueden resumir en las pautas que la humanidad siempre ha tenido. Levi-Strauss ya estableció desde la antropología el intercambio básico de bienes, de personas, de mensajes. Esto viene a coincidir con los verbos citados, si le sumamos el intercambio de espacios-tiempos. O, desde el enfoque de Jesús Ibáñez,¹⁹ las explotaciones de la naturaleza, del trabajo y de la producción, la dominación de unos sujetos sobre otros por raza, género, etc., y la explotación “de uno mismo” por los dogmas en que ha sido educado y cree. En un libro reciente²⁰ me refiero más en extenso a estos intercambios básicos, que también podemos encontrar en forma de «sociología de las ausencias» en Boaventura de Sousa Santos²¹ y en otros autores.

Por si quedara muy erudito citar tan solo a algunos autores de referencia, quisiera dejar patente que los principales movimientos sociales también nos muestran con sus prácticas las necesidades que les interesa descubrir y reclamar. Así, por ejemplo, los movimientos vecinales y ecologistas destacan la necesidad de hacer un seguimiento de los retrocesos o avances en los espacios y tiempos de los ecosistemas urbanos o rurales; si las tecnologías están mejorando o empeorando ambientes y si el mejor convivir se resiente o se recupera. Los movimientos obreros y campesinos llevan años luchando por sus derechos en el trabajo y la producción, contra las desigualdades y contra abusos en la economía de acumulación especulativa. Los movimientos de mujeres o de diferentes etnias se han rebelado contra la dominación que

¹⁸ M. Max-Neef, A. Elizalde, M. Hopenhayn, *Desarrollo a escala humana*, Nordan, Montevideo, 1993.

¹⁹ J. Ibáñez, *El regreso del sujeto: la investigación social de segundo orden*, Siglo XXI, Madrid, 1994.

²⁰ T. R. Villasante, *op. cit.*, 2014.

²¹ B. S. Santos, *El milenio huérfano*, Trotta, Madrid, 2005.

por razones biológico-culturales han impuesto el patriarcado y los países colonizadores. Y contra el pensamiento único y dogmático de las ideologías heredadas se han venido rebelando movimientos, sobre todo de jóvenes, que no renuncian a la creatividad propia.

La cuestión no es saber medirlo todo, se trata de saber qué medir y con qué prioridades, qué es lo significativo en cada momento

Podrán ser tres, cuatro o cinco las interacciones básicas que aglutinan la larga lista de necesidades que los humanos (y nuestra relación con los ecosistemas) hemos ido construyendo en nuestra historia milenaria. En cada interacción básica siempre se sitúa un Equivalente de Valor, que opera para cada cultura como elemento externo que sirve de referente y que no es cuestionado en principio. Entre los diferentes ejemplos se pueden citar: la propiedad y el dinero en los intercambios materiales de nuestra economía; también la revelación divina por algún mito fundador del ser e identidad de una comunidad entre las tradiciones más antiguas; o las formas tecnológicas como manera de superar las constricciones del espacio o del tiempo en cada cultura humana; o el orden mediante una autoridad para superar los conflictos de la familia o entre comunidades. Si se está de acuerdo en estos equivalentes de valor, de ahí se pueden deducir los parámetros principales a medir. Pero si hay discrepancias en que estos sean los valores incuestionables, entonces la forma de encarar las mediciones se torna más compleja.

Por eso, previo a establecer las mediciones, hay que abrir el debate de cuáles son los criterios de medición. Esto supone una deconstrucción de los sistemas de medidas en vigor y la justificación de nuevos criterios y equivalentes de valor aceptados por cada comunidad. Por ejemplo, con Luis Tapia,²² quisiera recordar que siempre se lucha por un excedente y luego está la cuestión de qué hacer con ese excedente. En el pasado, algunas culturas, una vez obtenido, lo quemaban (mediante diversos ritos) para no crear más desigualdades, otras lo repartían como dones del poderoso, otras lo utilizaban para armarse y guerrear en conquistas de territorios, etc. Y no solo el excedente de bienes, también el tecnológico, la erudición, el simbólico, etc. Por lo tanto, la cuestión de a qué destinar los excedentes forma parte del fondo del problema, y desde ahí se justifican las comparaciones con otras comunidades y las comparaciones antes y después de la propia comunidad de referencia. En el contexto actual, la obtención del excedente lleva a algunos a armarse, a otros a especular inventando burbujas de dinero, y hay quien quiere distribuir los beneficios a través del Estado, otros hacen despilfarros ostentosos, mientras otros solo intercambian sus formas de reciprocidad en economías populares o solidarias.

²² L. Tapia, *Política Salvaje*, CLACSO/Muela del Diablo, Comunas, La Paz, 2008.

La conclusión fácil es que cada cultura ha de construir sus propios equivalentes de valor y sus propios criterios de medición. La cuestión no es saber medirlo todo, como si quisiéramos ser eruditos y poseer todos los conocimientos y todos los términos sin que se nos escape nada. Más bien se trata de saber qué medir y con qué prioridades. Es decir, no es pasión por reducirlo todo a los números, sino por saber qué es lo significativo en cada momento. Incluso en cada comunidad los criterios tampoco son estables. Es decir, valores que eran incuestionables para una generación (energía nuclear) pueden dejar de serlo para otra, índices muy significativos en una situación (por ejemplo, la alfabetización) pueden dejar de ser tan interesantes cuando se alcanza su saturación. Por esto los criterios han de revisarse cada cierto tiempo de forma participativa por lo más amplio de la comunidad local, e irse mejorando según se vayan produciendo nuevos avances. En realidad se trata de una construcción colectiva de forma permanente. Les podemos llamar equivalentes de valor, ideas-fuerza, escenarios de futuro, o lo que en general desee conseguir cada comunidad organizada.

Un proceso participativo posible

Técnicamente cabe ir deconstruyendo al tiempo que se van reconstruyendo los cambios en los criterios de medición. Al menos en cada una de las 4 interacciones básicas. Para ello se pueden usar técnicas como los “penta o multi-lemas”, que permiten pasar de los dilemas básicos y más superficiales de cada sociedad, a causalidades y mediaciones más profundas. En los trabajos de Johan Galtung²³ y en los nuestros del CIMAS²⁴ se pueden ver ejemplos prácticos de cómo operar para distintas situaciones. De forma participativa con las comunidades que se impliquen se puede avanzar en estas “de” y “re” construcciones consensuadas. Si hiciera falta priorizaciones participativas entre estos supuestos, también se pueden usar los “flujogramas” que Carlos Matus planteó en los Planes Estratégicos Situacionales,²⁵ y que también se pueden seguir en los textos y los DVD de la red CIMAS.²⁶ Son dispositivos técnicos que permiten a comunidades pequeñas y grandes formalizar acuerdos para establecer los criterios que les permitan avanzar y construir colectivamente.

Proponemos este tipo de dispositivos participativos para saltarnos otros sistemas de tipo más convencional, que puedan enfrentar a las mayorías con las minorías en juegos más perversos (como sería una votación “representativa”); o que puedan dejar en manos solo de los técnicos y unos pocos directivos algunas herramientas (DAFO, árbol de problemas, etc.)

²³ J. Galtung, *Transcender y transformar*, Quimera ediciones, México, 2004.

²⁴ CIMAS, *Manual Metodologías Participativas*, www.redcimas.org, 2009.

²⁵ C. Matus, *Estrategia y plan*, Siglo XXI Editores, México, 1993 y *El método PES: Planeamiento Estratégico Situacional*, Fondo de Cultura Económica, 1996.

²⁶ CIMAS, *Manual Metodologías Participativas*, www.redcimas.org, 2007.

de la Planificación Estratégica convencional, con un manejo no participativo de decisiones muy importantes. Bajo la idea de Planificación Estratégica suelen quedar encubiertos dispositivos técnicos con una alta tendencia a imponer valores dominantes no cuestionados. De ahí que las aportaciones críticas de los autores citados no solo superan los defectos de la planificación al uso, sino que proponen unos dispositivos técnicos que ofrecen muy buenos resultados desde nuestra práctica con muy diversas comunidades, urbanas y rurales, así como en sectores amplios estatales como la salud, la ecología, etc.

Una vez que la comunidad correspondiente ha llegado a un consenso básico de cuáles son sus criterios, sus satisfactores, sus ideas-fuerza o sus equivalentes de valor más generales (según como los queramos nombrar), es cuando se puede pasar a tratar de establecer los índices con que se van a medir. Sentados los criterios en las cuatro interacciones básicas, por lo menos, ahora toca ver cómo se puede medir cada una. Y si algunas de las mediciones ya están en marcha o hay otros documentos que lo acreditan, revisarlos desde el punto de vista de los criterios establecidos. No porque ya tengamos los datos elaborados por otras instancias van a valer sin más. Cada dato tiene un contexto (no explicitado habitualmente) de equivalentes de valor que se ha de revisar.

Por ejemplo, el debate sobre qué se entiende por “desarrollo sostenible” es puramente nominal y solo se puede resolver como se propuso con los foros de sustentabilidad de las agendas locales 21. Un concepto en sí mismo tan contradictorio, cuando lo bajamos a qué se quiere medir en concreto es cuando sabemos qué quieren de él quienes lo usan. Hay agendas 21 locales, como la de Seattle desde el año 1993, que han servido de referencia a otros muchos foros en ciudades de todo el mundo. Si se reúnen los sectores interesados de una ciudad o una región en los temas de hacer seguimiento con indicadores de su evolución de la calidad de vida, de la sustentabilidad o del buen vivir, entonces resulta creíble que sus consensos sobre criterios puedan ser un buen comienzo para el proceso.

Un foro de sustentabilidad o de buen vivir puede estar compuesto por las comunidades que estén interesadas, por los sectores sindicales, ecologistas, feministas, etc., de la zona, por las universidades, ONG, Iglesias y entidades culturales que quieran participar. Los gobiernos sensibles a hacer un seguimiento de la calidad de vida de su zona deberían apoyar y no poner trabas a la información o tratar de influir en ella sino respetar los consensos de la sociedad civil. No es que en estos foros se vaya a votar si está bien o mal la calidad de vida o el *sumak kawsay*, se trata más bien de ver qué se ha de medir, qué acuerdos se alcanzan para que los aspectos más importantes de la vida local se vean reflejados en un seguimiento, para ir dando cuenta de los resultados locales y en un cierto periodo de comparación.

Por ejemplo, si queremos medir la situación económica, ¿es más importante cuánto dinero entra y sale de la ciudad o región, o tal vez la desigualdad de ingresos entre los que

más ganan y los que menos? O, desde el punto de vista del género, ¿es más importante el número de puestos en guarderías infantiles o la variación en la distribución del tiempo y actividades en la vida cotidiana entre mujeres, varones, mayores y criaturas? Y con respecto a la toma de decisiones democráticas, ¿se le da más importancia al número de votantes o al número de propuestas e iniciativas desde colectivos de base?

La técnica de medir no ha de seguir siendo un asunto del foro, que solo se centra en proponer los criterios y seguir el proceso. Por otra parte, cada cierto tiempo se puede cambiar algún criterio que deje de ser relevante para la comunidad, y eso no tiene por qué alterar demasiado el conjunto de las referencias. De lo que se trata es de que en cada uno de los cuatro ámbitos de estas mediciones se pueda seguir una serie cronológica de resultados. La comparación siempre es antes y después para un territorio, no tanto con otros territorios vecinos. La calidad de vida es más comparable sobre las expectativas de una comunidad concreta, y no tanto sobre las rivalidades entre comunidades diferentes. Parece más lógico medir la felicidad de un territorio en relación con la satisfacción de sus propios escenarios de futuro, como se quiere subrayar, que en relación con el vecino.

Las técnicas de medición pueden ser cualitativas y cuantitativas, una vez planteado desde el inicio el proceso participativo de lanzamiento y de seguimiento. Del que ya se pueden tener datos elaborados, solo cabe verificarlos y adecuarlos a los requisitos previamente planteados por el foro. En otros casos, cabe hacer una investigación específica con algunos índices sintéticos que se estimen oportunos. Por ejemplo, el número de peces que se hallan en un río puede significar tanto un índice de agua limpia, como el rescate de una memoria histórica perdida. Establecer una serie de grupos de discusión, con una buena muestra, sobre algún aspecto nuevo puede dar al foro informaciones de tipo cualitativo a considerar.

El debate de un caso concreto

El PYDLOS es un centro de investigación en la Universidad de Cuenca (Ecuador) prestigioso por su implicación en temas sociales (migraciones, apoyo a procesos municipales, etc.). En los últimos años ha lanzado debates sobre el buen vivir y en la actualidad apuesta por lograr mediciones que concreten estos aspectos que venimos discutiendo. En principio, allí plantean cinco grandes ejes a los que reducir la interminable lista de posibles necesidades que se les ocurren a los investigadores de todo el mundo. Ejes que tienen que ver con las cinco preguntas básicas del buen vivir que rescatan de su propia práctica.

Entiendo que cuatro de ellas tienen que ver con las cuatro interacciones básicas que ya hemos visto en otros movimientos y autores. Y la quinta veremos que ya no tiene tanto sentido, desde mi punto de vista, pues está contenida en las anteriores cuestiones planteadas.

Incluso en un libro sobre “la (re) creación del pensamiento del PYDLOS”²⁷ se citan los cuatro elementos de la concepción de ECUARUNARI como punto de partida para el *sumak kawsay*: poder (*ushay*) o sea organización, hacer (*ruray*) o sea economía, querer (*munay*) o sea, cuidado de la naturaleza, y saber (*yachay*) o sea, conocimientos. Lo que se corresponde con participación y democracia; con economía popular y solidaria; con conservación territorial y ambiental; y con satisfacción cultural respectivamente. El quinto, inclusión social y acceso a servicios, está incluido en los anteriores según argumentare más adelante.

El eje de participación y democracia puede recoger estudios muy variados en el mundo. ¿El que haya referendos quiere decir que hay democracia directa? Recordemos que tanto dictaduras como movimientos sociales han realizado referendo, con sentidos muy distintos. ¿Los sistemas de partidos son índice por sí mismos de democracia? Asistimos en todo el mundo a protestas contra las partidocracias por muchos movimientos de indignados. ¿Cómo y quién puede medir la confianza y la ética, la comunicación, la libertad y equidad, etc.? No podemos partir de un solo modelo de lo que sea la democracia y la participación. Más bien cabe pensar en cada caso cómo mejorar lo que cada localidad o país tiene según su propia tradición y cultura política.

La propuesta en el caso de Ecuador, y del Cantón Cuenca, es que se parta de la Declaración de Bogotá sobre Presupuestos Participativos. Hay unas quince recomendaciones sobre lo que son las experiencias latinoamericanas, después de haberlas llevado a la práctica, desde hace 25 años en varias ciudades, y sabiendo ya los puntos débiles de estos intentos de democracias participativas. En temas de participación hay varias “escaleras de participación” según los autores que hacemos el seguimiento de estos procesos. En el CIMAS²⁸ tenemos también una escalera que nos sirve de referencia. Pueden servir también para este eje, pero siempre son preferibles las experiencias de territorios semejantes que ya pasaron por estos procesos. Y sobre todo, el debate en el Foro de la propia ciudad o territorio para ajustar necesidades y criterios.

En el eje de Economía Popular y Solidaria tampoco es fácil la formulación de criterios para la medición y el seguimiento. ¿Cómo ponderar las condiciones de empleo por cuenta ajena, de lo que significa el autoempleo, del trabajo doméstico no retribuido, etc.? ¿Con qué criterios valorar el sistema financiero en relación con la economía internacional y con las necesidades locales? ¿Cómo valorar la planificación participativa o no de los diferentes factores económicos? ¿Cuál debe ser la relación entre el sector estatal, el privado, el social y los bienes comunales, por ejemplo? ¿Qué se ha de medir en cada caso? Se ha de partir de algún consenso para usar unos datos u otros, pues hay datos económicos y laborales para todos los gustos.

²⁷ A. L. Hidalgo-Capitán *et al.*, *op. cit.*, 2012.

²⁸ CIMAS, *op. cit.*, 2009.

La propuesta es basarse en los diversos estudios latinoamericanos sobre economía popular y solidaria, que tienen también una amplia experiencia práctica de éxitos y fracasos. Desde el Foro Social Mundial de Porto Alegre venimos discutiendo seis aspectos centrales y complementarios para las economías populares, que parten de los estudios de Razeto, pero que tienen en cuenta también estudios de Coraggio, Singer, Arruda, etc. Evaluar en cada experiencia cuánto hay de finanzas solidarias y de las especulativas; cuánto de comercio justo y de comercializaciones discriminadoras; cuánto de trabajo cooperativo y de condiciones laborales de explotación; cuánto de consumo responsable y de distancia entre las rentas; cuánto de servicios básicos (salud, educación, transporte) que sean participativos y cuántos servicios ineficientes; cuánto de tecnologías adecuadas y apropiadas a las comunidades y al ecosistema local. En conjunto debe aclararse en qué medida se va articulando un sistema que apoya a una economía alternativa, o por el contrario si los índices llevan a la dependencia de la especulación económica internacional.

En el eje de la Conservación Territorial y Ambiental, no solo está la gestión de los recursos limitados de la naturaleza (fuentes de energía, agua, suelos y flora, etc.) sino que hay que tener en cuenta la extracción de todo tipo de minerales, y la construcción de viviendas e infraestructuras, que afectan a los ecosistemas de forma muy notable. Los procesos migratorios y su presión sobre los territorios son cuestiones también ambientales y de la salud en su conjunto, por lo que los planes han de tener en cuenta sus efectos sobre la sustentabilidad actual y futura. Los criterios en este campo suelen ser muy contrapuestos: lo que para unos son externalidades a corregir (efectos colaterales de la extracción de minerales), para otros son la fuente de la vida (el agua que riega la producción agraria, el atractivo turístico o de calidad para la vecindad, e incluso lo sagrado de la Pachamama).

La recomendación en este eje es usar un estudio de la huella ecológica en alguna de sus varias modalidades, de forma que se pueda evaluar las condiciones territoriales de sustentabilidad. Este tipo de estudios se centran en los consumos (tanto domésticos como industriales o públicos) y de sus repercusiones en metros cuadrados que son necesarios para mantener el modelo actual. El caso del Ecuador en su conjunto resulta equilibrado aún, por las grandes extensiones de la zona oriental. Pero en el caso de las ciudades o cabeceras cantonales cabe establecer también su huella sobre el resto del territorio y se podrá apreciar en qué aspectos hay déficits claros y en qué otros aspectos cabe reducir el impacto. Los Estudios de Impacto Ambiental, si es que están bien hechos, también pueden ayudar a precisar los impactos posibles sobre el territorio y la salud del lugar y de las personas.

En el Eje de la Satisfacción Cultural la dificultad es aún mayor si cabe. ¿Cómo valorar los mitos o las simbologías locales? ¿Se puede valorar el uso de los vestidos, los idiomas, los ritos? ¿El disponer de instalaciones e infraestructuras culturales supone que haya creatividad colectiva e iniciativas sociales? ¿Cómo recoger la importancia de la memoria y de los

patrimonios materiales e inmateriales de cada lugar, las artesanías, etc.? La educación y los usos de nuevas tecnologías de la comunicación son aquí fundamentales para evaluar este eje. Pero no parece suficiente el índice de alfabetización o el fracaso escolar, sino otras variables menos formales que recojan la cultura y la creatividad social desde las propias tradiciones de cada comunidad en sí misma.

La diversidad étnica en un Cantón como Nabón, por ejemplo, a diferencia del Cantón Cuenca mucho más mestizo, hace que no sea fácil hacer propuestas de medición equiparables para ambas situaciones. Si en los demás ejes la recomendación principal es que el Foro Social de cada lugar pueda ser quien concrete los criterios de medición, en este caso es inevitable. Y además resulta casi imposible recomendar algún listado de elementos de medición del buen vivir cultural, pues las situaciones son tan dispares que solo desde trabajos cualitativos parece posible acercarse a las consideraciones locales tan propias ya no solo de cada cantón, sino incluso de cada parroquia o barrio. Todo lo que se puede avanzar es tratar de hacer una serie de grupos de discusión focales, a partir de los criterios del foro para recoger las posiciones discursivas predominantes y emergentes en cada uno. Y desde esas posiciones establecer algún tipo de comparación y valoración.

En cuanto al quinto eje sobre inclusión social y acceso a servicios, ya hemos indicado que en gran medida ya puede estar recogido en los ejes anteriores. La adecuación territorial, la vivienda y el transporte, la salud, etc., ya deben estar contemplados en conservación territorial y ambiental. Lo que se refiere a empoderamiento de la población, gestión pública, derechos, etc., ya debería estar en participación y democracia. Educación, nuevas tecnologías y servicios culturales está recogido en satisfacción cultural. Por lo que solo queda la consideración para grupos en situación de exclusión social, pero este tipo de procesos debe estar contemplado dentro de la economía popular y solidaria. Pues si no estuviera incluida en este eje, seguramente estaríamos hablando más de caridad que de soluciones de justicia social.

Presentar un eje exclusivo de pobreza o de exclusión, aparte de los otros ejes, puede ser entendido como una faceta de integracionismo en esta sociedad, como un valor de que nuestra sociedad ya ha alcanzado el nivel suficiente como para acoger a los que no han podido integrarse a ella, y nosotros vamos a medir cómo los incluimos. Poner índices de pobreza al margen de considerar la riqueza como la causa de la anterior puede ser un ejercicio peligroso. En todo caso, debe de ser el Foro social quien decida qué es lo que hay que valorar y por qué. Pero no dejará de ser interesante el debate de si debemos medir la “inclusión social” aparte de los otros ejes que son para toda la sociedad, sean ricos o pobres. Entiendo que si los otros cuatro ejes van mejorando (trabajo, participación, servicios y cultura) ya dejaría de tener sentido uno de inclusión.